

**FERMÍN TORO.  
LITERATO Y POLÍTICO (\*)**

**Juan Vicente González (1810-1866)**

Vivimos en una época triste para el espíritu y para el corazón. Sobre el cieno que deja el flujo y reflujo de las revoluciones, se han nacido insectos ponzoñosos que dañan con sus agujones y atormentan con sus zumbidos :

*D'impertinents bavares, sojdisant orateurs,  
Des mellieurs citoyens ardents persecuteurs*

A los horrores de una guerra cruel, insaciable de víctimas, al espectáculo de la ruina general verificada entre crímenes, juntase la postración de la sociedad sin fuerzas y el triunfo de los que ella veía con más recelo y desconfianza. Es preciso asistir á su triunfo y sufrir su insolencia, oírlos escarnecer y calumniara los buenos ciudadanos, verlos disponer de los destinos públicos y girar con convulsivos gestos alrededor de las arcas nacionales. Parécenos asistir en el siglo V á la invasión y conquista de la Galia romana: la misma ferocidad y barbarie; las mismas escenas de devastación y sangre; la misma inseguridad de la vida; y para que el cuadro fuese más completo, hombres que como los Galo-romanos, fomentan la división para explotarla, y adulan á los bárbaros; ciudadanos eminentes perseguidos y algún escritor oscuro, que como Sidonio Apolinar ó Venancio Fortunato, escriben una carta ó dictan unos versos para desahogar su corazón.

Los que aparentan hoy influjo y poder, para cobrar importancia é imponerse á sus conciudadanos, se han unido, llenos de envidia, para mancillar el nombre del Sr. Toro, ciudadano modesto, cuyo mérito olvidarían quizá, si no

---

(\*) Tomado de *El Heraldo* Nos. 331 y 332 de julio de 1861.

los desvelase cruelmente el ansia de sustituirlo en el alto destino que desempeña.

No para embotar el puñal de la calumnia, sino para honrar la virtud y el talento en esta tierra harto desgraciada, donde no hay altares sino para la ambición y la intriga, vamos á trazar ligeramente el retrato político y literario de este amigo del estudio, de este hombre benévolo, de este patriota desinteresado y leal. Tal vez logremos paz interior y calma, empapándonos en la onda pura de esa vida sosegada y santa.

El Sr. Toro no nació en medio de las riquezas, que suelen acompañar á un nacimiento ilustre. El no cursó las aulas, á causa de la guerra, y debió los primeros rudimentos de una educación literaria, al cuidadoso desvelo de un sacerdote, que adivinó su ingenio y procuró desarrollarlo,<sup>1</sup> En la flor de la juventud tomó esposa, y para subvenir a los gastos de la familia, tuvo que habitar pueblos distantes, poco adelantados unos, estraños otros á todo género de cultura. Algún tiempo ha estado al servicio de la República, en destinos importantes; el resto lo ha consagrado á los trabajos del campo, fundando el porvenir de sus hijos. ¿Dónde halló tiempo este hombre singular para aprender los principales idiomas, antiguos y modernos? ¿Cómo pudo estudiar la química, la geología y la botánica? ¿Qué secreto halló para profundizar en el laberinto de la historia, con sus incertidumbres y sus lagunas, sus dudas y problemas? ¿Y cómo se ha elevado á las altas cuestiones de la filosofía especulativa, comparando todas las escuelas y pudiendo decidir entre ellas? Posee ademas el Sr. Toro conocimientos matemáticos que el Sr. Cagigal apreciaba: está instruido en las doctrinas y misterios de la economía política. Ha leído con provecho los clásicos de todas las naciones, inscribe y habla su idioma con perfección. Tal universalidad de conocimientos, que asombra realmente, hará sonreír de incredulidad al hombre fútil, que no conoce el precio del tiempo, al ignorante que no sabe la relación que tienen entre sí los humanos conocimientos, y al que envidia, en vez de celebrar, la poderosa inteligencia y la inmensa capacidad con que enriquece el cielo á algunas de sus criaturas.

Nosotros vamos á examinarle primero como literato.

---

1. El Pro. Benito Chacín.

Hay hombres poderosos y delicados que exceden en comprender, que ejecutan lo que conciben, y que alcanzan lo grande y lo verdaderamente bello. El señor Toro pertenece á esta raza escogida, segun el estudio que hemos hecho de su talento; y aunque a veces su espíritu se deje distraer por perspectivas inmensas y lejanas, de que querría alguna imagen ó algún rayo, ó se detiene inactivo sobre sus propias reflexiones, débese esto mas bien á la falta de una obra determinada que concentre sus fuerzas, que á alguna imperfección en su espíritu. En el aislamiento de un pais sin letras, como falta alimento á la imaginación y el voto competente de los sabios, disgustase fácilmente el hombre de su talento dé escribir que cree inferior á su idea, desdeñando el sufragio fácil de sus amigos, y prefiriendo juzgar, gustar y abstenerse, á ser inferior á su pensamiento y á sí mismo. El señor Toro halla siempre una imagen para expresar su idea, pero él se detiene, embarazado por el silencio que se hace á su alrededor, y espera á que su pensamiento, se transforme en gotas de luz y caiga de su pluma.

Nacen de esta situación obras inacabadas, fragmentos, pensamientos á que se ha comunicado su alma, y que sin ocio ni disposición de espíritu para juntarlos entre sí, no forman jamas un monumento. Y el hombre llamado á la gloria de las letras, y quo debió hacer florecer la admiración entre los hombres, viene á convertirse en un espíritu feliz que piensa, que conversa con sus amigos, que sueña en la soledad, que medita, alguna grande obra, que no acabará jamas y que no llegará á la posteridad sino en fragmentos. Nosotros conocemos, del señor Toro *Lecciones* llenas de talento sobre el *arte y el drama*, un *análisis del verbo* igual a lo mejor que hemos leído, novelas y artículos de costumbres graciosos é interesantes, observaciones profundas acerca de la Usura, la descripción de las honras á Bolívar, La Hecatonfonía, canto de muerte melancólico y escrito con lágrimas. Conocemos mil cosas más; pero es una ley del espíritu no producir aisladamente, ni dar término a obras maestras sin el auxilio severo, de una imparcial crítica. En Venezuela no existen esos espectadores benévolos, que escuchan sin emulación, sin envidia, curiosos, atentos, desinteresados que toman interés en todo, verdaderos amantes de las bellas cosas, Es en, vano pedir hospitalidad intelectual, acogimiento para vuestras obras, para vuestras ideas nacies, á espíritus urgidos, llenos de sí mismos, torrentes que corren turbios con sus propios sentimientos. El culto de las letras debe ser en nuestra patria como el culto de Isis y Cibéles, misterioso y oculto. Y tal vez el señor Toro se ruborice é impaciente, al saber que nosotros hemos revelado el secreto de sus días solitarios y de sus puros placeres.

Querriamos sin embargo decir algo sobre su Hecatonfonía. Todos los dolores de la América, desde la conquista, hallan en ese poema un eco lastimoso, las ruinas del tiempo, como las de la naturaleza y del hombre. Hay una *Silva* en que llora el 24 de Enero, llena de gracia y finura y de la más alta poesía. Las tintes son lúgubres y sombrías, las pinturas patéticas, el cuadro de la mas viva espresion. Y no parece sino que el Sr. Toro se ha familiarizado toda su vida con el lenguaje divino de las Musas; tan frescos son sus versos, tan rítmicos y cantantes! Es la entonación robusta de Quintana, y á veces la sonora corriente de Gallego. El 24 de Enero tiene su canto fúnebre como el 2 de Mayo.

No nos acordamos de la infancia literaria del Sr. Toro. Su gusto llegó inmediatamente a la madurez, Sin ensayos ni esperiencias varias, enamoróse desde el primer momento de la verdad sencilla, revestida de belleza, sin haber doblado nunca la rodilla á presencia de los ídolos. Sólo ha faltado á su talento un teatro para desarrollarlo, miradas animadoras y amigas, un círculo literario que estendiese su reputación, y tal vez una modestia menos esquivada ó mas arrogancia y ambición.

Al juzgar como político al Sr. Toro, vamos á encontrarnos con preocupaciones tenaces y con una opinión casi uniforme que le coloca entre los espíritus ideales, los corazones optimistas y ulméricos, que transforman la humanidad y se crean un mundo fantástico, que embellecen con sus creaciones. Algo se halla de esto en el Sr. Toro, examinándole imparcialmente. Su excesiva benevolencia, virtud que ha huído de entre nosotros, le lleva á considerarnos hombres mejores de lo que lo son realmente. Cree que para que la patria tenga amigos le bastan las invenciones graciosas de su talento, y que los encadene á los pies de su estatua con cadenas de oro, por sentimientos generosos y bellas palabras. Hay en su carácter lo que Shakespeare llama *milk of human kindness*, (la leche de la bondad humana) y una dulzura tierna y compasiva, que ve los defectos del hombre y cuida de ellos como de sus males, físicos. Cosas hay que no querría saber y que no existen decididamente para él, que en su inocencia obstinada no cree en el mal, y se afana en conservar un optimismo inoportuno. Tal disposición lleva en la política á errores y decepciones, sobre todo en países ignorantes y corrompidos, que ríen de la buena fé, estraños á todo sentimiento noble, que ven las cosas por el lado de su interés y provecho, sin cuenta con su elevación ó moralidad. Pero tal disposición es la gloria y el elogio de la vida, su santificación, así como la gloria y el elogio de la naturaleza humana.

Es además que el efecto que en los demás hombres producen el curso de los años y las enseñanzas de la vida, él lo ha sentido por el solo instinto de su feliz naturaleza. Sin penetrar mucho en la inteligencia de las cosas, de los hombres y de sí mismo, sintió afirmarse sus convicciones generales y calmarse y endulzarse aun más sus personales impresiones. La equidad para con la fé política de los demás hombres, vino á colocarse y crecer, al lado de la tranquilidad en su propia fé. Si es la juventud, sus ignorancias naturales y sus preocupaciones apasionadas, las que nos hacen exclusivos y ásperos en nuestros juicios para con los otros, él entra siempre en una apreciación serena y dulce de las ideas y sentimientos que no son suyos, aun en medio de los combates, aun sin contar con lo que tienen de interesadas las ajenas opiniones. «Hay muchas mansiones en la casa de mi padre,» dijo el Señor; y hay también, decía el Sr. Toro, aquí abajo, muchos caminos para los hombres de bien, á través de las dificultades y oscuridades de la vida, y pueden muy bien reunirse al término, sin haber sido vistos en la partida, ni haberse encontrado en el camino. ¡Error en nuestro país, pero generoso y noble!

Con sus aspiraciones literarias y poéticas, que constituyen el fondo de la excelente naturaleza del Sr. Toro, él amó la realidad, el gobierno de la sociedad, y de los otros hombres, ocupándose en profundizar su estudio, no después de haber agotado sus sueños y quimeras, con serenidad y demencia, como Lamartine, ni con irritación y amargura como Chateaubriand. Cuando se llega á la política por este camino y en estas disposiciones, á fin de llamar la atención y de hacer ruido, se busca antes de todo escándalos, emociones y papeles.

Aun sin tener la edad, el Sr. Toro fue llevado á las asambleas públicas. En esta época graciosa de su desarrollo intelectual, él toca y arrebató por las más raras cualidades, la sinceridad, la confianza y la modestia.

El no afectaba nada; nunca quiso representar un papel; y no porque escribiese y hablase con facilidad, se creyó llamado a gobernar la República ó á conmovérla. El no buscó para sí la alabanza ni la prodigó jamás, ni conoció la necesidad de cultivar la popularidad ni de esplotar este triste comercio entre el orgullo y la adulación, de que dijo Bossuet: «Se alaba para ser alabado; se hace honor á los otros para recibirlo; y se pagan uno y otro con tan vana recompensa.» Irritábase en medio de su excesiva benevolencia contra la intriga mentirosa y la osadía, contra esta sensibilidad hipócrita, que invoca sin cesar la virtud, que no practica; contra esta filantropía homicida, esta

indulgencia enfermiza por el crimen, que es el mayor de los crímenes contra la humanidad y el signo irrecusable de la decadencia social.

Al ver, su juventud, su gracia y facilidad, la sencillez elegante é incisiva de su palabra y de su dicción, todos se apresuraron á saludar los principios de un grande orador.

En la tribuna, el Sr. Toro se halla en su puesto natural y legítimo. El llega á los efectos sin grande esfuerzo y a consecuencia de un desarrollo continuo. El tiene una facilidad que pasma. Posee una voz, de corriente pura y largo aliento, de timbre sencillo y claro, de acento distinto y vibrador, que suena como instrumento bélico, que hace caer las palabras desde lo alto y las lleva lejos en el espíritu y el corazón. Los hombres, cuya voz no es el órgano expresivo y sensible de los menores coloridos del sentimiento, nunca producirán, como oradores, impresiones penetrantes. Se nota sin embargo en sus discursos brillo literario mas que fuego oratorio, gran propensión á palabras armoniosas y bellas, lujo prodíjioso de metáforas, especie de elocuencia, propia del que piensa y sabe que no es excitado por grandes espectáculos que le fecunden y animen. Ninguno de nuestros oradores en Colombia ni Venezuela ha gozado de los dones oratorios del Sr. Toro, inmensa memoria, inteligencia pronta, inventiva, fecundidad, un juicio sólido, una palabra clara y agradable. Si es verdad, como lo ha notado el antiguo Solon en los versos que se tienen de él, que la armonía perfecta entre el pensamiento y la elocuencia no se encuentra con plenitud, sino de los cuarenta y dos á los cincuenta y seis años de edad, el Sr. Toro en el apogeo de su talento oratorio.

Pero él no se ha servido nunca de la palabra para agitar pasiones innobles y mezquinas, para adular como cómplice, a vencedores inicuos, para servir con su talento á miserables planes de ambición, para buscar el poder o la popularidad. Puso la reacción moral y social, de que es el servidor apasionado, sobre todas las cuestiones de hombres, de constitución y de mando. Se ocupó constantemente en preparar el triunfo de los buenos principios, dejando al cielo el *cuidado* de hacer fructificar sus trabajos; y contento, si son inútiles, con no haber contribuido á la catástrofe de su país.

No le seguiremos en su larga carrera política, preparando la revolución de Marzo, dirigiéndola, aceptando un Ministerio, cuando fue un puesto de peligro, rehusándolo muchas veces en días que parecían tranquilos, conteniendo

á un Jefe impaciente que le respetaba, aconsejándole en el delirio que le perdió, no abandonándole ni en las infernales puestas en que se cubre con sus alas el ángel que nos acompaña... Pero hemos escrito largamente sobre todo esto, y allí lo leerán pronto nuestros amigos.